

ISSN: 1659-2220

AÑO 8 • 2013

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA COSTARRICENSE
DE LA LENGUA

TERCERA ÉPOCA



SAN JOSÉ, COSTA RICA

COMISIÓN EDITORIAL

DANIEL GALLEGOS TROYO
EMILIA MACAYA TREJOS
ESTRELLA CARTÍN DE GUIER
FLORA OVARES RAMÍREZ
AMALIA CHAVERRI FONSECA



*La Academia Costarricense de la Lengua
agradece a la Editorial Universidad de Costa Rica
la publicación del presente boletín.*

Miembros
de la Academia Costarricense
de la Lengua

- D.^a Estrella Cartín de Guier, *Directora*
D. Mario Portilla Chavez, *Secretario*
D. Víctor Ml. Sánchez Corrales, *Tesorero*
D. Carlos Francisco Monge Meza
D. Alberto F. Cañas Escalante
D. Daniel Gallegos Troyo
D.^a Julieta Pinto González
D. Arnoldo Mora Rodríguez
D. Rafael Angel Herra Rodríguez
D. Miguel Ángel Quesada Pacheco
D.^a Emilia Macaya Trejos
D. Fernando Durán Ayanegui
D. Laureano Albán Rivas
D.^a Amalia Chaverri Fonseca
D.^a Julieta Dobles Izaguirre
D. Jorge Sáenz Carbonell
D. Armando Vargas Araya
D.^a Flora Ovares Ramírez
D.^a Marilyn Echeverría de Sauter

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA COSTARRICENSE
DE LA LENGUA

SUMARIO

Obituario

Estrella Cartín de Guier

Samuel Rovinski

In memoriam 11-12

Mario Portilla

Adolfo Constenla

In memoriam. Semblanza 13-19

Artículos y ensayos

Arnoldo Mora

La saga de Samuel Rovinski 23-29

Daniel Gallegos

Samuel Rovinski: *La víspera del Sábado* 31-34

Victor Ml. Sánchez

El discurso diccionarioístico en la lexicografía

hispanicostarricense: los diccionarios de Gagini 35-48

Flora Ovares

Un escritor en *La ruta de los filibusteros* 49-51

Lara Ríos

Aquileo J. Echeverría 53-57

Obituarios

IN MEMORIAM

SAMUEL ROVINSKI

Estrella Cartín de Guier

Nos ha convocado esta mañana la memoria de un ilustre colega y un dilecto amigo: Samuel Rovinski. Una vez más encaramos este abismal misterio de la muerte inexorable, ley, no accidente, destino implacable de todo ser vivo.

Así la describen los poetas:

*Nuestras vidas son los ríos
Que van a dar a la mar,
Que es el morir.*

Dice el poeta medieval Jorge Manrique en las *Coplas a la muerte de su padre el maestre don Rodrigo Manrique*. Y en la misma composición afirma “Que querer hombre vivir cuando Dios quiere que muera es locura”.

La muerte va a nuestro lado desde el nacimiento y es eterna compañera. Dice don Francisco de Quevedo y Villegas en *Los Sueños*: “Y eso que llamáis morir es acabar de morir, y lo que llamáis nacer es empezar a morir y lo que llamáis vivir es morir viviendo”.

Julieta Dobles, en este mismo tono quevedesco señala:

*¿La muerte?
Es un pequeño grano que germina sin cuerpo
En los filos de las cosas perennes,
En las bojas reseca,
En los terrenos húmedos.*

IN MEMORIAM

*En los recién nacidos
El grano de la muerte
Comienza su larga gestación de la sombra.
En los retoños verdes
La muerte siempre tiene
Su más pequeña joyuela.*

Llevan razón los poetas, es parte de la vida, es ley de la naturaleza y como tal deberíamos aceptarla. Pero cuando ella toca a la puerta de los seres amados pierde naturalidad y esa partida, ese alejamiento, efímero sí, como nuestras vidas, duele en lo hondo.

Vimos partir con serenidad, con nobleza y transparencia, como fue su vida, al colega tan admirado, tan querido y con ello perdimos no únicamente al académico, al dramaturgo, al intelectual que tanto aportó a la cultura costarricense sino al ser humano noble, solidario, generoso, leal. De Samuel podía decirse lo mejor que se puede decir de alguien: que era un hombre bueno.

Hay un proverbio que dice: “Vivir se debe la vida de tal suerte, que vida quede en la muerte”. Así vivió Samuel, de tal modo que sigue vivo en cada uno de nosotros, en su esposa, en sus hijos, en sus amigos y en todas las personas que tuvieron la suerte de conocerlo. Porque tenía la virtud de darse a querer de cuantos lo trataban. Tuvimos la gracia de tenerlo entre nosotros y con nosotros en esta exigua burbuja de tiempo que se nos concede.

Su vida fue de dación, de entrega. Se entregó con pasión al quehacer intelectual, a la creación literaria y nos dejó un valioso legado. Se entregó con profundo amor a su esposa, a sus hijos, a su familia, a sus amigos y nos dejó un ejemplo. Su vida transcurrió serenamente con hidalguía y prudencia y con esa misma dignidad y valentía afrontó la muerte. A la manera de Antonio Machado pudo decir:

*Y cuando llegue el día del último viaje
Y esté al partir la nave que nunca ha de tornar
Me encontraréis a bordo ligero de equipaje
Casi desnudo, como los hijos de la mar.*

IN MEMORIAM SEMBLANZA

ADOLFO CONSTENLA UMAÑA

Mario Portilla

El 31 de mayo de 2011 la Asamblea de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura de nuestra universidad propuso otorgar el rango de Profesor Emérito al doctor Adolfo Constenla Umaña. Este honor fue un justo reconocimiento su larga y meritoria carrera académica dedicada a la docencia, la investigación y la acción social.

Es muy fácil decir que la Universidad de Costa Rica realiza y promueve la docencia, la investigación y la acción social como institución, pero es muy difícil encontrar profesores que logren conjugar estas tres labores de una forma armónica en su vida académica. Creo decir con justicia que Adolfo Constenla logró este cometido de una forma ejemplar.

Al repasar el currículum de don Adolfo, uno queda realmente impresionado por la vastedad, calidad y profundidad de su obra científica, por la variedad de cursos impartidos y la gran cantidad de tesis dirigidas, por la multiplicidad de proyectos de acción social llevados a cabo. Sin embargo, no quisiera hacer solamente un recuento de su carrera académica. También quiero reconocer a la persona que está detrás de los atestados, que está detrás de las actividades y de los escritos.

Adolfo Constenla obtiene su doctorado en 1981 en una de las más prestigiosas universidades de los Estados Unidos, la Universidad de Pensilvania en Filadelfia. Ese año vuelve a Costa Rica y se incorpora a la recién creada Sección de Lingüística de la Escuela de Filología. Esta sección, que luego se convertirá en el actual Departamento de Lingüística, se hallaba fuertemente influenciada por las corrientes generativistas de la época, que imponían su hegemonía teórico-metodológica en detrimento de las anteriores posiciones estructuralistas.

Precisamente, en 1982, empezaba yo mis estudios de maestría en lingüística. En esa época, dada la efervescencia de las posiciones teóricas contrapuestas, tenía yo la impresión de que el generativismo era enseñado no solo como una

IN MEMORIAM

teoría lingüística, sino también como la única religión verdadera, en una cruzada salvadora en contra del oscurantismo estructuralista. Tal era el entusiasmo con que se debatían las cuestiones teóricas de esta disciplina a finales de los setenta y principios de los ochenta. Recuerdo que todos los profesores de la Sección de Lingüística en ese momento eran fervientes seguidores de Chomsky y de sus reputadas teorías, con excepción del recién reincorporado, Adolfo Constenla.

Aunque ciertamente don Adolfo se había nutrido de la influencia de corrientes estructuralistas, especialmente de manera autodidacta, era muy conocedor del generativismo, el cual había profundizado por supuesto durante sus estudios doctorales en Estados Unidos. Sin embargo, en contra de la corriente y en medio de un ambiente claramente desfavorable a una posición teórica adversa, mantuvo siempre una postura crítica al generativismo. El tiempo, finalmente, terminó dándole la razón a sus posiciones críticas.

Con argumentos contundentes, aludiendo siempre a los hechos patentes, con la actitud casi de un científico neo-positivista, el profesor Adolfo Constenla nos enseñaba a nosotros sus alumnos y nos iba convenciendo. En sus clases derrochaba erudición, profundidad de análisis y un gusto contagioso por la lingüística.

Pero su afán no era instigar a una contrarreforma, no trataba simplemente de hacernos cambiar una posición por otra y mucho menos quería lograr que compartiéramos su opinión. A los que fuimos sus alumnos nos enseñó, y lo hizo especialmente con el ejemplo, a fundamentar rigurosamente nuestros análisis, a no aceptar acríticamente nuevos paradigmas solo porque venían de fuera y, sobre todo, a aceptar el desafío de producir conocimiento sobre nuestra propia realidad con los medios de que disponemos, sin esperar a que otros especialistas del extranjero vinieran a decirnos qué hacer y cómo hacer.

Yo sé que pretender esto puede parecer una cierta inmodestia académica, pero es más bien todo lo contrario: se trata de reconocer que, en la época de las especializaciones, quizá solo seremos capaces de profundizar en una única temática y que, por tanto, debemos discriminar nuestras prioridades. Por ello, consciente de esta limitación, don Adolfo, mediante su liderazgo, supo orientar la investigación lingüística en la Universidad de Costa Rica hacia el estudio de las lenguas indígenas, el español de Costa Rica y, posteriormente, el inglés criollo. Todo ello fue logrado mediante la creación del Programa de Investigaciones Lingüísticas de Costa Rica y Áreas Vecinas en 1985, el cual sentaría las bases para la creación del actual Instituto de Investigaciones Lingüísticas (INIL).

También, don Adolfo fue un gestor principal de las instancias que lograron convertir la Sección de Lingüística en el actual Departamento de Lingüística en 1990. Recuerdo muy bien como urgía a don Jézer González, el director de la Escuela de Filología en esa época, y colaboraba con él en la realización de los extensos trámites administrativos que culminaron con la departamentalización de dicha escuela.

IN MEMORIAM

Además, fungió como el primer director del Programa de Posgrado en Lingüística, en 1983, cuando el antiguo Programa de Posgrado en Lingüística y Literatura se dividió. Asimismo, fue director de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura de 1996 al 2000.

Su gestión docente se entrelaza con su labor investigativa en la dirección de exitosas tesis tanto de grado como de posgrado. Don Adolfo dirigió un total de 22 tesis, 9 de maestría y 12 de licenciatura. La mayor parte de estas versan sobre las lenguas indígenas de la Baja Centroamérica, especialmente de Costa Rica.

Su quehacer en el campo de las lenguas chibchas ha sido de una relevancia imponderable. Y así ha sido reconocido mundialmente. Sin duda, es el autor más citado sobre este tema.

La vastedad y profundidad de su conocimiento de las lenguas indígenas de la Baja Centroamérica, que incluye a las familias chibcha, misumalpa, lenca y otomangue, entre otras, se ve en puridad reflejado en unas de 80 obras escritas sobre estas lenguas.

Los aportes a la lingüística amerindia versan tanto sobre aspectos sincrónicos como diacrónicos y abarcan la fonología, la morfosintaxis, la lexicografía, la etnolingüística, la lingüística areal, la lingüística aplicada, el estudio de las artes verbales y literaturas de estos pueblos indígenas. Con toda seguridad, ha sido el mayor conocedor de lingüística histórica de las familias mencionadas.

Pero no solo fue don Adolfo el máximo especialista en muchos de estos campos, sino que, además, ha sido un pionero en el estudio de varios de ellos. Por ello, constituye una referencia inescapable para quienes se dedican al estudio de las lenguas amerindias de estirpe chibchense.

Como es de todos conocido, el saber que poseía don Adolfo de las lenguas indígenas provenía de una intensa labor de trabajo de campo de más de cuatro décadas. Desde 1969 inicia visitas anuales a distintas comunidades indígenas de Costa Rica (que incluyen a los bribri, borucas, cabécares, guatusos, guaymies y térrabas). Su experiencia en lo que ahora se denomina métodos de trabajo con informante era, como nos podemos imaginar, vastísima. Su intensa labor le permitió la recopilación de materiales lingüísticos únicos. Logró rescatar para la posteridad valiosos textos de las artes verbales tradicionales de los pueblos chibchas de nuestro país.

Algunos ejemplos paradigmáticos de este trabajo son los libros *Leyendas y tradiciones borucas* de 1979 (que obtuvo el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría), *Lacá maji fi jaca/ La transformación de la tierra* de 1993, *Poesía tradicional indígena costarricense* de 1996 y *Poesía bribri de lo cotidiano: treinta y siete cantos de afecto, devoción, trabajo y entretenimiento* de 2006. Sobre esta temática son muy destacados internacionalmente sus artículos sobre la lengua ritual bribri, “Sacred in the Bribri language” de 1987 y “The language of bribri ritual songs” de 1990.

Sus aportes a la descripción de la fonología y de la morfosintaxis de estas lenguas son de una importancia capital. Baste mencionar solamente que su obra

IN MEMORIAM

Gramática de la lengua guatusa de 1998 hizo al autor acreedor del Premio Nacional Aquileo J. Echeverría por segunda vez.

En el año 2007 vuelve a obtener este premio por su libro *La lengua de Térraba*. Esta es una obra singular. Quisiera retomar unos extractos de la presentación de este texto que realicé en la Facultad de Letras, pues creo que dibuja la naturaleza esencial del trabajo de investigación que lleva a cabo don Adolfo:

Uno de los méritos mayores de esta obra es que recopila material lingüístico de los últimos hablantes fluidos de la variedad de naso utilizado en Térraba, lo cual representa, sin duda alguna, un rescate de una parte muy importante del acervo cultural de este pueblo indígena y de la sociedad costarricense, pues, el autor no solamente recoge información valiosa, sino que la analiza y presenta de manera coherente y con gran exactitud. El autor puede lograr esto gracias a su amplia experiencia en el trabajo con informantes. Considero que, en este respecto, su labor sentó bases muy sólidas para el trabajo de investigación de campo sobre las lenguas indígenas y criollas de Costa Rica y de áreas vecinas, que se ha desarrollado en el Departamento de Lingüística de la Escuela de Filología, primero, y que continúa llevándose a cabo en el Instituto de Investigaciones Lingüísticas de la Universidad de Costa Rica.

Y es que el verdadero trabajo de campo con informantes requiere no solo un vasto conocimiento teórico de fonología, morfosintaxis e incluso de lexicografía, y, por supuesto, señaladas destrezas en transcripción fonética, sino que precisa también dotes de antropólogo, de psicólogo, de administrador en recursos humanos y en algunos casos hasta de detective, sin mencionar que se debe también poseer una paciencia infinita y una perseverancia a toda prueba.

Para ilustrar esto, quiero relatar brevemente una historia de la que fui testigo como estudiante del curso de métodos de campo (como se llamaba en aquel entonces) en 1983, en el cual por cierto estudiábamos precisamente el térraba. En sus visitas al pueblo de Térraba, Adolfo Constenla había averiguado quienes eran los últimos hablantes fluidos y semihablantes de térraba. Un día llegó contando que le dijeron que había otro hablante de esta lengua que vivía en San José, un señor de apellido Navas, con quien él nunca se había entrevistado. Según las informaciones, este señor tenía un estupendo dominio de la lengua e incluso parece que era un viejo amigo del informante principal que asistía el curso, Ricardo Gómez. Por supuesto, de inmediato don Adolfo se dio a la tarea de tratar de contactarlo. Sin embargo, cada vez que intentaba encontrar al futuro informante en la dirección de la casa donde supuestamente vivía, algo sucedía que impedía hallarlo: que andaba de viaje en Térraba, que andaba visitando una hija que vivía en Buenos Aires de Puntarenas, que se había mudado de casa precisamente el día anterior, que tenía otra dirección. En fin, tantas fueron las peripecias que tuvo que sufrir don Adolfo en la búsqueda de este posible informante que se acabó el semestre y no supe si finalmente logró encontrarlo.

IN MEMORIAM

Ciertamente, el trabajo lingüístico con informantes es difícil y muy laborioso. Sin embargo, cuando se toma con seriedad y dedicación rinde frutos extraordinarios. Un claro ejemplo de esto lo representa, sin duda alguna, el libro *la Lengua de Térraba* del doctor Adolfo Constenla.

Aquel mismo día le preguntaron a don Adolfo si finalmente había encontrado a este elusivo potencial informante y respondió que sí. Obviamente otra no podía ser su respuesta.

En relación con el ámbito de la lingüística diacrónica o histórica de las lenguas de estirpe chibchense, que existe claramente un antes y un después en esta materia que está marcado por la decisiva obra de don Adolfo.

Debo mencionar, en primer lugar, su tesis doctoral presentada en la prestigiosa Universidad de Pensilvania: *Comparative Chibchan phonology* de 1981, la cual marca el comienzo de los estudios de reconstrucción fonológica de las lenguas chibchas mediante una aplicación fidedigna del método histórico-comparativo. Antes de esa fecha la gran mayoría de los estudios de esta índole carecían de una aplicación adecuada de los métodos de la lingüística diacrónica y eran bastante incompletos.

En esta obra don Adolfo propone una clasificación de las lenguas de estirpe chibchense basada en criterios estrictamente lingüísticos. Constantemente, el investigador revisará la clasificación de estas lenguas a partir del acopio y revisión de nuevos materiales y en el refinamiento de la aplicación de los métodos de la lingüística diacrónica.

Por otra parte, también don Adolfo es el primero en llevar a cabo un estudio léxico-estadístico de las lenguas de la estirpe chibchense. Este estudio lo realiza en 1984 (“El huetar: observaciones sobre los materiales disponibles para su estudio y sobre las hipótesis en torno a sus afinidades lingüísticas”) con base en una lista de 126 rubros para 13 lenguas de esta familia lingüística. A lo largo de los años realizará 5 estudios más sobre este mismo tema y llegando a tomar en cuenta todas las lenguas de esta familia (20) para la comparación.

Luego, con su artículo de 1984 “Los fonemas del muisca”, don Adolfo inaugura los análisis sistemáticos de reconstrucción fonemática de una lengua chibcha desaparecida, basado en el análisis filológico de fuentes documentales del siglo XVII. Posteriormente, sistematizará de manera teórica esta práctica como una metodología de análisis de la lingüística histórica en su artículo “La restitución: un método lingüístico reconstructivo sincrónico” del año 2000. La implementación de esta metodología da como resultado una gran cantidad de estudios que han permitido un conocimiento más acabado de una buena cantidad de lenguas indígenas ya desaparecidas, llevadas a cabo por diversos investigadores en tesis o en artículos especializados.

Pero además de los aportes decisivos de los trabajos de don Adolfo para la reconstrucción y clasificación de las lenguas chibchas, hay que mencionar dos

IN MEMORIAM

estudios que han sido cruciales para la exploración de las relaciones genealógicas externas de las lenguas de estirpe chibchense con otras familias lingüísticas del área.

En su artículo del año 2002 “Acerca de la relación genealógica entre las lenguas lenca y las lenguas misumalpas”, logra establecer por primera vez de manera incontrovertida el parentesco entre las lenguas de las familias lenca y misumalpa. Y en su estudio del año 2005 “¿Existe relación genealógica entre las lenguas misumalpas y las chibchenses?” consigue probar sin lugar a dudas que existe un parentesco entre las familias lingüísticas lenca, misumalpa y chibcha. Este hallazgo es de una enorme relevancia para la lingüística histórica del ámbito indoamericano y abre una veta de estudios con implicaciones imprevisibles.

La investigación que realizó don Adolfo siempre estuvo vinculada con la acción social, pues esta repercutía directamente en el mantenimiento y promoción del acervo lingüístico y sociocultural de las comunidades indígenas de nuestro país. Don Adolfo jugó un papel preponderante en el impulso de la enseñanza de las lenguas indígenas de Costa Rica. Por ejemplo, publicó alfabetos prácticos para la alfabetización en térraba, bribri, guatuso y guaymí. Igualmente, escribió varios libros para la enseñanza del bribri, guatuso y guaymí como primera lengua y cursos de bribri como segunda lengua. Además, en diversas ocasiones fue consultor de la Unesco en temas de alfabetización de pueblos indígenas de la Baja Centroamérica.

Pero no solo se dedicó a la elaboración de libros de texto para la enseñanza de estas lenguas, sino que él mismo se dio a la tarea de impartir múltiples cursos de capacitación para los maestros indígenas en esas comunidades.

Su actividad académica no se limitó al campo de las lenguas indígenas. Fue un activo miembro de la Academia Costarricense de la Lengua y miembro correspondiente hispanoamericano de la Real Academia Española. En la Academia realizó una intensa y fructífera labor. Como miembro de la comisión permanente de lingüística de dicha corporación, tuvo a su cargo varias revisiones del *Diccionario de la Real Academia Española* (el DRAE) en lo que respecta al ámbito de los costarriqueñismos. En esta corporación fungió en los cargos de secretario y de tesorero en distintas ocasiones. Soy testigo de la admiración y el cariño que los colegas de la Academia le profesábamos a don Adolfo.

Deseo también destacar el gran espíritu de servicio que caracterizaba a don Adolfo. Él se acogió a su pensión en el año 2005, luego de un largo período de posposiciones. Sin embargo, lejos de retirarse, se reincorporó de inmediato a la Universidad de Costa Rica para trabajar como profesor ad-honórem. A pesar de estar jubilado, siguió dedicado intensamente a la docencia, al impartir cursos de bribri y guatuso en la Escuela de Filología, a la investigación, con múltiples proyectos inscritos en el Instituto de Investigaciones Lingüísticas y como director de la revista *Estudios de Lingüística Chibcha*, la cual fundó junto con don Enrique Margery en 1982, y a la acción social, con varios proyectos de capacitación en las comunidades

IN MEMORIAM

indígenas. Su labor universitaria fue entonces reconocida con el prestigioso Premio de la Universidad de Costa Rica al Investigador del Año en 2006.

El 6 de junio de 2011, el doctor Adolfo fue designado formalmente Profesor Emérito de la Universidad de Costa Rica por el Consejo Universitario. Así, la Universidad de Costa Rica reconoció justamente los méritos que este académico había realizado en los campos de la docencia, de la investigación y de la acción social. En el acta de la Comisión dictaminadora de la propuesta de emeritazgo del doctor Adolfo Constenla se expresa lo siguiente:

Por sus excelentes atestados y su ejemplar trayectoria académica y de investigación, se recomienda otorgar el rango de Profesor Emérito al Dr. Adolfo Constenla Umaña. Sus estudios sobre las lenguas indígenas han sido fundamentales para el rescate y difusión de este valioso patrimonio cultural, y han dado prestigio nacional e internacional a la Universidad de Costa Rica.

Sin duda, don Adolfo poseía muchos méritos académicos y recibió múltiples distinciones por su trayectoria. Sin embargo, para mí, estos llegaron a su vida por añadidura porque él era el ejemplo perfecto de quien, enamorado de su trabajo, consagró su vida entera a la realización de aquello que lo apasionaba: las lenguas de los pueblos originales de nuestro país.

Artículos y ensayos

LA SAGA DE SAMUEL ROVINSKI

Arnoldo Mora

La reciente muerte del notable dramaturgo, escritor y hombre de cultura que fue Samuel Rovinski deja un vacío en nuestro medio cultural imposible de llenar. Su figura en el campo de las letras se hace sentir en casi todos los campos, donde ocupó un lugar señero en nuestra vida cultural en el último medio siglo. Samuel es uno de los iniciadores del Teatro Arlequín, con el que se dio comienzo a una de las etapas más brillantes de la actividad teatral en el ámbito nacional. Es autor de obras dramáticas y comedias que han marcado la historia de nuestra dramaturgia.

Por eso considero que, a pesar de la corta distancia que nos separa de su desaparición física, es hora de que emprendamos un primer aunque somero análisis de su aporte en la historia de la literatura costarricense, con el fin de darle el lugar señero que le corresponde en nuestras letras. Estoy seguro que muchos otros estudiosos, dentro y fuera del ámbito académico, vendrán para poner de relieve diversos aspectos y aportes de la obra de Rovinski.

Pero su muerte no debe servir solamente para rendirle el merecido homenaje que debemos darle a los grandes de nuestras letras, sino también para ir más allá y reconocerle el lugar que le corresponde en nuestra memoria histórica destacando la originalidad de sus obras. Porque hay antes y un después de Samuel Rovinski, no solo en nuestra dramaturgia, sino también en la novelístico, como trataré de ponerlo en relieve en este breve ensayo.

En términos generales y viendo las cosas desde el punto de vista generacional que tanto gustaba a Ortega y Gasset, Samuel Rovinski pertenece a las primeras generaciones de destacados escritores posteriores a la Segunda República, primeros herederos de esa Costa Rica que surge con el triunfo del figuerismo a partir de los conflictivos años de los cuarenta, la más violenta década de nuestra historia reciente y que culminó con la Guerra Civil de 1948. El aporte mayor del nuevo orden político y cultural que transformó a nuestro país es la modernización de inspiración ideológica socialdemócrata que se guió por las ideas de Rodrigo Facio y de José Figueres. En lo demográfico, a partir de 1960 Costa Rica superará el millón de habitantes y San José los cien mil. La Universidad de Costa Rica, la única por ese entonces, se reforma gracias al pensamiento y liderazgo de Rodrigo

Facio, se abren los Estudios Generales y, con ello, las nuevas generaciones se inician a la educación superior teniendo una visión humanística y que les abre la mente y la sensibilidad hacia horizontes no aldeanos. El Estado crece con una burocracia que ha pasado o está pasando por las aulas universitarias. La Costa Rica oligárquica, ancestralmente liderada por los sectores cafetaleros, pierde su hegemonía tradicional lograda desde el siglo XIX. La banca nacionalizada abre la posibilidad de una más amplia y sólida base social al sistema democrático en el campo económico gracias al acceso al crédito de sectores no oligárquicos, lo que permite el auge de la clase media, gran ganadora de las reformas sociales de la década de los cuarenta.

Con todos estos cambios vertiginosos que culminan con el ingreso de Costa Rica al Mercado Común Centroamericano y el inicio de una industrialización dependiente, especie de “sucursalización” al servicio del expansionismo de las grandes trasnacionales predominantemente norteamericanas, todo dentro del contexto de la Guerra Fría, acentuada desde los inicios de los sesenta con el triunfo de la Revolución Cubana, la primera revolución socialista de Nuestra América, y situada en la zona geopolíticamente más sensible de la región como es la Cuenca del Caribe, Costa Rica experimenta cambios radicales en todos los campos.

¿Cómo se reflejan esos cambios tan irreversibles como vertiginosos y sin precedentes en nuestra historia, en la conciencia, es decir, en la sensibilidad social y en la vida íntima de los costarricenses? ¿Cómo se expresa en su creación simbólica y, concretamente, en las letras? Para llevarla a cabo, emerge con nuevos bríos una nueva generación que sustituye a la gran generación de novelistas comunistas de las décadas anteriores y que tenían el mérito histórico de haber llevado la narrativa nacional a su plena madurez, como fueron Carmen Lyra, Calufa, Fabián Dobles, Rodolfo Herrera y Joaquín Gutiérrez, a los que se une, desde otra opción ideológica, José Marín Cañas, quien tiene el mérito de abrir a la novelística costarricense a horizontes nuevos más allá de nuestras aldeanas fronteras mentales y geográficas.

Pero estas nuevas generaciones, hijas directas del triunfo figuerista del 48, ciertamente no parten de cero como lo acabamos de señalar, pero marcan con sello personal sus valiosos y originales aportes. Con ellos se inicia una nueva etapa en la historia de nuestras letras. En el campo de la narrativa y el ensayo dan origen a la crítica social y cultural del emergente contexto urbano de clase medias y del naciente proletariado de la Meseta Central, producto de la industrialización y del crecimiento demográfico ya mencionados. Sus aportes más originales se dan en la dramaturgia que llega a su más alta expresión gracias a sus más destacados exponentes. Alberto Cañas, Samuel Rovinski y Daniel Gallegos llevan a la madurez a nuestra dramaturgia en todos sus géneros.

Pero cada uno a su manera y con sus talentos específicos. Alberto Cañas prolonga la tradición costumbrista que iniciaran Aquileo Echeverría y Carlos Gagini

y continuara Carmen Lyra, haciendo del “concho” (el pequeño campesino de la Meseta Central) no solo el personaje protagónico de sus obras, sino el portador por excelencia de la “idiosincrasia” costarricense. Más que imitar su lenguaje, Cañas destaca en el campesino su ingenio; a través suyo presenta una problemática humana que va más allá de lo puramente localista, signo de que Costa Rica ya no es vista como una aldea perdida en las montañas y valles de un país cercado por dos océanos. Daniel Gallegos refleja en su teatro las angustias existenciales de una generación que adquiere su conciencia histórica a la luz de los signos inquietantes de la nietzscheana muerte de Dios y la sartreana angustia de un final apocalíptico de la especie, que corre el riesgo de sucumbir a una hecatombe nuclear si se rompe el equilibrio del terror propio de la Guerra Fría. El teatro de Gallegos surge debido a su angustiada mirada dirigida a los grandes conflictos que afectan el destino de la humanidad. Temas de hondura metafísica que cambian la sensibilidad de la sociedad actual y su concepto de la divinidad replanteando en clave social la razón de ser de la religiosidad en nuestros tiempos, es el fondo de una obra que no tiene antecedentes en nuestra dramaturgia como es *La colina*. En *El séptimo círculo* que nos evoca la atmósfera agónica del cine del sueco Ingmar Bergman, Daniel Gallegos nos presenta la eventualidad de un final apocalíptico de la especie provocada por la amenaza de un holocausto nuclear.

Pero el más realista desde el punto de vista estético es Samuel Rovinski, cuyo teatro combina de manera excelente, la tradición costumbrista y cómica de la clásica picaresca con la comedia de sabor campesino, pero trasladada con talento y simpatía hacia el medio suburbano popular. *Las fisgonas de Paso Ancho* es la comedia más exitosa de nuestro teatro. No hay en ella una burla a nuestros campesinos pobres, arrojados del campo por la modernización capitalista y lanzados al submundo de los barrios capitalinos. Desarraigados en un barrio citadino y trasladados a un medio que no les es familiar, no por ello pierden el ingenio y la sensibilidad, gracias al espíritu indoblegable de las mujeres, que se convierten en protagonistas de una comedia con el clásico sabor de la picaresca que dio origen en el Renacimiento a la literatura moderna. Picaresca pura pero no sin cierta fisga de crítica social. El campesino de la comedia rovinskiana anda en búsqueda de una nueva identidad, aquella que proviene de un medio social suburbano. A través de la risa, el teatro picaresco de Rovinski inicia la búsqueda de una identidad popular desdeñada por los sectores medios en auge, como ya lo era tradicionalmente por las clases oligárquicas ya en declive.

La dramaturgia de Rovinski es la más comprometida políticamente hablando de los tres que he denominado “clásicos” del teatro costarricense. Lo dicho se refleja aún más claramente en sus dramas. Los grandes conflictos bélicos a que se enfrenta una guerrilla popular a un ejército oligárquico y brutal, se reflejan en la obra cumbre de Rovinski como *El martirio del Pastor*, dedicado a quien se ha convertido en la figura emblemática, no solo del cristiano comprometido, sino de todos los pueblos de la región, monseñor Óscar Arnulfo Romero, arzobispo de San

Salvador, asesinado mientras oficiaba misa por sicarios de una de la oligarquías más sanguinarias de nuestra región. Ninguna obra de teatro de origen costarricense ha tenido más éxito internacional que esta de Samuel. En *Gulliver dormido*, Rovinski traslada la crítica política al ámbito nacional, presagiando detrás de la aparente calma y apatía política del ambiente nacional un cercano despertar del pueblo como si se tratase de un gigante que yace dormido pero no muerto.

Estas son las obras más conocidas de Samuel Rovinski. A su estudio se han dedicado los mayores esfuerzos de críticos y estudiosos de nuestras letras. Incluso la Universidad de Costa Rica, poco antes de su muerte le dedicó una jornada de estudio organizada por la Escuela de Filología de la Facultad de Letras. Samuel se lo merecía. Pero no por ello debemos olvidar o considerar como una obra menor lo hecho por Rovinski en el campo de la novelística. A Samuel debemos dos novelas, una de principios de su carrera (1974) y otra del final de esta (2003), que constituyen una verdadera saga, una de las pocas sino la única –al menos, la única que conozco - de nuestra novelística. Más que de la vida e imagen social del final de la oligarquía criolla, la tradición novelística de Costa Rica se ha ocupado de destacar la identidad de los sectores campesinos populares. El énfasis ha sido dado más al espacio geográfico y en la exuberante sobreabundancia de nuestra naturaleza, que en los procesos históricos, de la imagen de una estampa o de un cuadro épico, fosilizado en el tiempo. Es el paisaje más que el tiempo, lo estático más que el devenir temporal, el destino triste (García Monge) o la paz bucólica (Alberto Cañas en una aldea llamada San Luis que refleja la Costa Rica vista por los sectores burgueses urbanos triunfantes en el 48) lo que aparece en esas páginas.

El realismo social de los novelistas comunistas expresa la conflictividad social (Herrera García, Fabián Dobles) o política (antimperialismo en Joaquín Gutiérrez y Calufa) o ambas (Calufa) haciendo realidad aquello que afirmaba Hegel en su *Estética*, a saber, que la importancia del arte estriba en que refleja los grandes conflictos políticos de una época.

Esta conflictividad se expresa en la narrativa y en la estética de esa generación de clase media urbana, que surgió con las reformas sociales de la década de los cuarenta y que se consolidó con el triunfo liberacionista a partir de la década de los cincuenta. La soledad, el burocratismo, el kanfkiano anonimato, la tragedia sin drama de los sectores medios se reflejan sobre todo en la obra de la gran novelista de esta nueva generación como fue Carmen Naranjo. Como dijo Manheim, la utopía al hacerse realidad histórica se convierte en ideología. Y toda ideología no es más que la concreción de una conciencia enajenada según el joven Marx. Tal es la gran tragedia política por excelencia. Los ideales democráticos y “liberadores” del 48 reflejados en la ideología socialdemócrata de Rodrigo Facio y José Figueres se ven amulados por la corrupción y la el solitario individualismo de la cultura citadina carente de horizontes, rutinario y sin sentido propios de

una pequeña burguesía burocrática anonadada por del anonimato de un Estado gigante pero corrupto. Tal es el tétrico mensaje de Carmen Naranjo en su narrativa y en sus lúcidos y desafiantes ensayos.

Pero quien más ahonda en los procesos históricos en que se enraíza esa nueva Costa Rica, bucea en la trama dialéctica de esa época y sus conflictos sociales y generacionales, y de allí extrae la vida de una familia y sus dramas internos como tema de su narrativa, es Samuel Rovinski. En sus novelas *Ceremonia de casta* (1976) y *Herencia de sombras* (2003) Samuel, a través de los avatares de la familia de origen oligárquico de Juan Matías y su esposa alajuelense Beatriz Rodríguez, nos describe con singular realismo psico-social, las tres generaciones que se sucedieron en la Costa Rica que va desde la última administración de José Figueres (1970-1974) hasta a los primeros años del primer gobierno de Óscar Arias (1986-1990). Un período que comienza con el patriarca de la familia Juan Matías y culmina con la de su nieto Manuel del mismo apellido. Esas dos obras reflejan, al mismo tiempo, el inicio y el fin cronológico de la narrativa del propio Samuel Rovinski.

Ambas también hacen patente la evolución de su estilo y de su estética. De manera particular, la primera de esas novelas denota un dominio de las técnicas narrativas modernas que hasta ese entonces solo Joaquín Gutiérrez había mostrado en nuestras letras. Rovinski se adentra con innegable maestría en el monólogo interior, cambia la grafía de su escritura para mostrar hasta visualmente los niveles de hondura psicológica en sus personajes. El universo psico-social y político que Samuel Rovinski refleja en esas dos novelas no es más que la lúcida mirada de quien ve y vive la agonía inexorable de esa oligarquía otrora todopoderosa perpetrada por sus propios descendientes imbuidos de otros valores, pero que conservan y a quienes animan idénticas ambiciones .

Con la muerte de los patriarcas Matías-Rodríguez también fenece una Costa Rica, cuya desaparición ya nadie parece llorar, pues su obsolescencia es tan evidente que no ameritan ni un suspiro de añoranza y menos un lamento trágico. Su muerte es un luto sin llanto, su fin una ceremonia que tiene más de ritual vacío que de respetuoso adiós. Todo fruto de esas decisiones políticas que han llevado al país a un proceso de modernización sin retorno, donde todo se vale menos mirar hacia atrás. La vida de esa oligarquía se convierte en un espectáculo que se agota en sí mismo, en una muerte adelantada, en un teatro sin público, en una sala con butacas vacías y pasadizos poblados de sombras oscuras.

Por eso la parte culminante y final en ambas novelas, que evoca el barroquismo tropical del realismo mágico, en cuyos detalles el narrador se refocila con una mal disimulada mueca de sarcasmo, constituye al mismo tiempo el mensaje por no decir la moraleja que nuestro autor desea dejar como verdad última. Apegado a su mundo, feneciente como él mismo, el anciano patriarca Juan se apega a su vieja mansión, a su hacienda como a un mundo que lo vio crecer y ahora se niega

a abandonar, mientras su nieto tan solo ve una ocasión de hacer pingües negocios con empresas extranjeras.

Por su parte, Beatriz, dada su doble condición de esposa sumisa y de procedencia social inferior, por lo que nunca fue plenamente aceptada por la familia Matías, adopta una actitud aparentemente pasiva y silenciosa siendo más un testigo cercano que un protagonista real de los dramas familiares. Sin embargo, ese silencio no denota pasividad sino espera; por lo que su acumulado resentimiento estallará con virulencia al final de sus días...

Pero eso es ya adentrarnos en la culminación de esta saga que es *Herencia de sombras*. La unidad de las dos obras la da el personaje que aparenta ser una sombra que crece al final de la misma, cual es la matriarca Beatriz Rodríguez. Presencia siempre actuante pero nunca en primera fila, doña Beatriz dejó el protagonismo a su esposo Juan en la *Ceremonia de casta*, y a su nieto Manuel en *Herencia de sombras*. Con ello se hace evidente que la verdadera sombra que acompaña a toda estos avatares de la familia Matías-Rodríguez haciendo que pase de una oligarquía criolla y autosuficiente a una burguesía financiera socia menor del capital trasnacional es la matriarca doña Beatriz. Ella es una presencia siempre oscura, pero siempre imprescindible. El lazo familiar que se mantiene hasta al final de la etapa oligárquica de su marido, continúa con el ascenso plutocrático y delicuencial de su nieto.

Rovinski demuestra conciencia de los cambios inexorables que acarrearán los procesos de modernización capitalista de que es testigo y protagonista su generación. Describe con crudo realismo su época, pero lo hace sin diatriba, sin ánimo de inducir al lector a una opción que él considera exclusivamente personal. Fiel al realismo de finales del siglo XIX, deja que los hechos hablen por sí solos y que el lector saque sus propias conclusiones. Le basta con que los hechos sean mostrados sin más, en una prosa desnuda y cruda como corresponde a toda estética realista.

En su última etapa que se concreta en su última novela *Herencia de sombras*, el autor renuncia a las técnicas narrativas posteriores a Joyce y Proust se refugia en el realismo social anterior. Desde el punto de vista formal, *Herencia de sombras* es más tradicional. Dicha novela sigue los cánones consagrados por la novela realista de finales del siglo XIX. No hay retrocesos cronológicos como en *Ceremonia de casta*. No hay preocupación por adentrarse en la psicología de los personajes con la sola excepción del personaje femenino Catalina, hermana de Manuel y protagonista de *Herencia de sombras*. Por ello considero que Catalina es el personaje mejor logrado de esta última novela de Rovinski.

Sin embargo, Samuel aporta un elemento nuevo, cual es el suspenso propio de la novela policíaca. La denuncia que caracteriza al drama histórico-político se ve engalanada con la técnica cercana a la crónica periodística del suspenso del crimen y a un desenlace que en nada honra a los herederos de don Juan. Los herederos de la vieja oligarquía terrateniente, convertidos hoy en abogados,

políticos y ejecutivos al servicio de los intereses de empresas trasnacionales tienen en común su vínculo de sangre, por lo que son una “casta”, pero añaden un elemento de corrupción mayor que los convierte en auténticos delincuentes, cercanos al bajo mundo.

Las peripecias de una familia de “abolengo” se ven igualmente entremezcladas con los acontecimientos políticos y las denuncias de crímenes provocados por la guerra que tuvo como escenario la frontera norte de Costa Rica llamada la Guerra de los Contras. Prostitución y crímenes, delincuencia y droga se mezclan en un desenlace que, sin embargo, aún incluso formalmente a las dos novelas. *Herencia de sombras* termina como termina *Ceremonia de casta*: con un entierro. En la primera novela se trata del entierro del patriarca de la familia, Don Juan Matías; en la segunda novela se describe la muerte de la matriarca doña Beatriz Rodríguez. Todo termina en un entierro, el entierro de una clase social que ha dominado este país, por lo que ha sido y protagonista, más para mal que para bien de la realidad social y política de nuestro pequeño país.

Fiel a sus dotes de excelente dramaturgo, también en su obra novelística Samuel Rovinski no hace de los hechos narrados una tragedia, pero la conciencia con que los asume tampoco le permite verlos como una comedia. Sin perder su reconocida maestría en el drama, Samuel Rovinski convierte sus obras en denuncias que invitan a pensar sobre el destino histórico de este pueblo que lo vio nacer y hoy lo recibe agradecido en su suelo. La historia se convierte en ceremonia, pero una ceremonia que deja secuelas convertidas en una herencia, la dramática herencia que más que luz arroja sombras.

SAMUEL ROVINSKI: *LA VÍSPERA DEL SÁBADO*

Daniel Gallegos Troyo

Sobrevivir a los amigos en una edad avanzada es causa de un sentimiento difícil de analizar. En el recuerdo de la persona que nos deja, tratamos de buscar la esencia de lo que significó esa amistad. Pero esos recuerdos responden a situaciones, momentos, circunstancias que rompen toda cronología. Es como un mural con variaciones sobre el mismo tema. En el caso de Samuel, lo vemos como el amigo, como el dramaturgo, el novelista y buscamos un punto que amalgame esa personalidad y en el caso de Samuel lo encontramos en su pensamiento que es un referente constante y consistente en toda su producción literaria, desde sus primeros cuentos: *La hora de los vencidos*, *Cuentos judíos de mi tierra*, o bien en su gran novela *Ceremonia de casta* o las excelentes obras de teatro que nos deja desde *Gobierno de Alcoba* al *Martirio del Pastor*. Sin embargo donde más cercano lo sentí fue en su obra *La víspera del Sábado*, que tuve la fortuna de dirigir para su estreno. En ella estaba su pensamiento pero también había una puerta abierta hacia su interioridad donde además de su pensamiento había una emoción, contenida pero viva, que mostraba al amigo y escritor en su más espléndida humanidad.

Hace algunos años, para ser preciso el año 1984, Sarita Rovinski me llamó para decirme que Samuel tenía una obra nueva que el grupo de Damas Israelitas quería presentar en el Teatro Nacional, y deseaba que yo la dirigiese. Me entusiasmo el proyecto, pero más me impresionó el impacto que tuve al terminar de leerla. El título: *La víspera del Sábado*.

Me dí cuenta de que Samuel había escrito una obra muy importante y través de los años he confirmado, sin duda alguna, que es de las mejores de nuestra dramaturgia. El tema cuestiona el significado del ser costarricense, tanto por nacimiento como por adopción, como sucede en el núcleo de una familia judía costarricense, y cuya premisa tiene como fin convencernos de que el ser costarricense es algo más profundo que poseer una cédula de identidad o el vínculo jurídico que nos une al estado, o lo que dicen las alegres canciones patriotas que oímos el 15 de setiembre. El ser costarricense también significa, como nos lo hace ver y sentir Samuel, y de manera fundamental esta obra, el sentido de pertenencia que se tiene al suelo en que se vive, basado en la solidaridad y el respeto

hacia los demás y la voluntad de vivir unidos, no importa la procedencia o credo, que es la base más importante de la convivencia.

Todo esto se da en un maravilloso relato, un argumento muy bien construido en cada una de sus partes con base a una acción dramática que conduce a una crisis y a un conflicto de constante intensidad, motivado por personajes de gran verdad y contenido, intensidad sabiamente manejada por el autor.

Es importante hacer notar que los hechos que suceden en esta obra tienen lugar en los primeros años de la década de los años cuarenta del siglo pasado; época que azota al mundo una terrible guerra mundial, en la que Costa Rica declara la guerra a los países que formaban parte del Eje, Alemania, Italia y Japón, donde se dio la espantosa persecución y el asesinato sistemático de aproximadamente seis millones de judíos y de otros grupos, por parte de la Alemania nazi y sus colaboradores que tuvo como consecuencia lo que hoy conocemos como el holocausto.

Comienza el primer acto con una magnífica descripción del hogar de una familia judeo costarricense de modesta condición económica, pero donde, pese a sus limitaciones, se respiran el orden y buen gusto. Es un hogar como cualquier otro hogar costarricense, del que forman parte el padre, la madre, dos hijas adolescentes y un pequeñuelo de diez años, que sin duda alguna ha de ser el autor de la obra años después.

Es la tarde de un viernes, donde la señora de la casa hace los preparativos para la cena que tendrá lugar al anochecer de ese día, la víspera del Sabbath, como es costumbre en la comunidad judía- Además de enterarnos de algunos detalles de sobre la preparación de esta cena ritual, seremos testigos de situaciones particulares que se viven en esta familia; como la que vamos a conocer a través de la conversación que sostienen las dos muchachas adolescentes. Jaya y Regina en la que expresan con cierta nostalgia y dolor la discriminación que han debido soportar por el hecho de ser judías. Otra es el clima de preocupación constante que se siente por acontecimientos recientes en Europa donde el destino de las familias que dejaron atrás en el viejo continente es cada vez más incierto y precario.

El personaje principal de la pieza de Samuel es el don Oscar Berlinsky jefe del hogar. Lo es, porque es responsable de la acción dramática que inicia y amarra la trama y que consiste en su determinación de abandonar la ocupación de vendedor ambulante de “polaco vendedor”, como peyorativamente se aludía a los emigrantes judíos en Costa Rica que se dedicaban al comercio de este tipo para sobrevivir. El señor Berlinski va a invertir sus escasos ahorros en la compra de una finca en Guanacaste y dedicarse a la agricultura, como cualquier costarricense, a pesar del riesgo que esa empresa pueda significar. Berlinski le dice a su esposa: “Ester, tu sabes que a mi no me gusta ser vendedor ambulante. Yo crecí en una gran hacienda, con caballerizas molinos y trigo. Eso ocurrió en la primera

guerra mundial. Bueno, el caso es que llegaron los rusos y arrasaron con todo y mi padre se arruinó y por eso tuve que trabajar en otra cosa. Ahora tengo una buena oportunidad”.

La señora sabe que tal proyecto podría poner en peligro la limitada seguridad económica de la familia, ya que el trabajo de agricultor implica riesgos, además de que su esposo no cuenta con la constitución robusta que se supone debe tener quien se dedica a este tipo de ocupación.

El personaje del padre, sin lugar a dudas, es uno de los más importantes y mejor logrados del teatro costarricense. Es un personaje complejo porque su idealismo es su gran fuerza y al mismo tiempo, irónicamente, podría ser su debilidad. La madre lo sabe y trabaja, de su parte, cosiendo ajeno para sostener a la familia. La crisis se agudiza cuando el padre, algún tiempo después, regresa al hogar y nos enteramos de que su salud se ha deteriorado con una afección pulmonar.

La tensión aumenta cuando la familia se entera de la terrible persecución que sufren los judíos en Europa y de sus confinamientos en campos de concentración con el fin de exterminarlos. Sin embargo, en ese mismo acto ocurre un acontecimiento que significa un dramático reverso de situación que produce una de las escenas más importantes de la dramaturgia costarricense: esta familia, que ha sido víctima de prejuicio y discriminación, ofrece un ejemplo de solidaridad y ayuda a quien podría considerarse el enemigo.

En ese día un acontecimiento muy serio está ocurriendo en las calles de San José, a causa de un suceso que es parte infame de la historia de Costa Rica. El 2 de julio de 1942, tuvo lugar en Limón una explosión en un barco de carga, el San Pablo, propiedad la United Fruit Co. Alguien aseguró que había sido ocasionada por un torpedo lanzado desde un submarino alemán, cosa que nunca se confirmó, pero sí sirvió para que se organizara en San José, dos días después, una manifestación de protesta ante el supuesto acto bélico y de solidaridad con las familias de las veintitrés víctimas. El desfile que se inició como protesta, se torna en turba violenta y, de pronto, se convierte en actos de masas incontrollables que atacan a pedradas y con saqueos gran cantidad propiedades y establecimientos de costarricenses de ascendencia alemana, italiana y a algunos japoneses. Jamás en la historia de Costa Rica se había contemplado algo similar a lo sucedido en esa fatídica y abominable noche del 4 de julio de 1942, en el que se persiguió a ciudadanos costarricenses y a extranjeros radicados en el país, por el hecho de ser descendientes de alemanes o italianos.

En la obra un italiano residente en Costa Rica, es perseguido, injustamente por la turba simplemente por el hecho de ser italiano. Y es esta familia judía quien lo ampara y lo recibe en su hogar, para protegerlo de la jauría, porque por encima de todo prejuicio alberga un sentimiento de profunda humanidad ante la injusticia, que es la fibra ética de ese hogar. Este episodio es conmovedor es una lección de amor y tolerancia ante la injusticia y la discriminación

Si bien la obra termina en otro viernes, con los preparativos de una cena, la víspera del Sabbat, intuimos que, ha de ser la última del señor Berlinski, en ese hogar, porque tendrá que ausentarse para internarse en un sanatorio para curarse de la grave tuberculosis que ha contraído.

Berlinski podría personificar al antihéroe, pero sabemos bien que no es así porque que este gran personaje en realidad nunca fracasó porque sembró en este hogar la semilla de los valores fundamentales que dignifican la existencia del ser humano. Y la madre, adivinamos que, en ausencia de su marido, tendrá que seguir adelante con la responsabilidad de sacar adelante a ese hogar, y lo hará con igual fortaleza y dignidad; una familia judeo costarricense que es un verdadero ejemplo para todos, como nos daremos cuenta al terminar la obra.

Y con orgullo podemos decir que un hogar como este fue el que produjo una figura tan fundamental como es y será siempre Samuel Rovinski; como costarricense, como intelectual y escritor, y como el ser humano tan especial al que todos echamos de menos, cuya ausencia, para quienes fuimos sus amigos, siempre será una pena irreparable, y cuya obra teatral es fundamental en la dramaturgia costarricense, de la que es parte importante *La víspera del Sábado*.

EL DISCURSO DICCIONARÍSTICO EN LA LEXICOGRAFÍA HISPANICOSTARRICENSE:

LOS DICCIONARIOS DE GAGINI

Víctor Ml. Sánchez Corrales

I. Introducción

En esta comunicación se estudia el discurso diccionarioístico en dos obras lexicográficas del español de Costa Rica (Gagini 1892 y 1919) de conformidad con dos criterios: 1) en el marco del proceso de incorporación del español de América a la lengua española como diasistema y 2) sobre la base de la teoría lingüística en que se sustentan esas obras lexicográficas.

Tenemos, en un primer estadio, una obra lexicográfica que, en tanto diccionario semasiológico, incluye en su nomenclatura unidades léxicas o definiciones de estas en su condición de regionalismos, de desvíos y corruptelas del español ejemplar (Gagini 1892) y, una segunda elaboración, trabajo de índole lexicográfica con finalidad ya más descriptiva (Gagini 1919), cuyo inventario de lemas y correspondientes acepciones pertenecen a un conjunto léxico usado por una comunidad de hablantes llamados costarricenses, diferente y en contraste con otro conjunto léxico de la lengua española como diasistema.

Finalmente, esas obras lexicográficas hispanocostarricenses se subcategorizan en dos tipos: la que promueve una identidad lingüística (re)negada y la que construye identidad en el haz de variedades de la lengua española como diasistema.

II. El español de América como “extensión de lengua”

La lengua española, en su origen castellana, ya antes de su exportación a América constituía un elemento de cohesión y de unidad entre diferentes grupos étnico-lingüístico-culturales de la Península Ibérica:

La primera cuestión que se nos presenta al hablar de la lengua hispana llevada a América a partir de 1492 es la de si era exclusivamente castellana o era ya

propriadamente española. En ese año Nebrija imprime su Gramática sobre la lengua castellana; y en el prólogo bilingüe de su diccionario español-latino, emplea «palabras castellanas», «romance castellano»; pero cuando lo traduce al latín, usa «dictiones hispanienses», «sermo hispanus». Pocos años más tarde Fernando Colón, el hijo del Almirante, se valía solo de «español», para designar la lengua de los libros en español, cuya adquisición registraba (Lapesa 1992: 11).

El español reafirma su condición de lengua internacional, en virtud de la política expansionista de la Corona Española, al ser traída al Nuevo Mundo: escenario pluricultural, plurilingüístico y pluriétnico. A partir de 1493 y a lo largo de todo el período colonial, gracias al proceso colonizador y al encuentro de culturas, se va configurando una realidad lingüística americana en la que, en lo concerniente a la lengua española, se produce una relativa unidad lingüística, con elementos diferenciadores respecto de una variedad tomada como referente: el uso lingüístico de las clases cultas, en especial de la lengua literaria, de la metrópoli expansora.

Aldrete (1606:56, citado por Guitarte 1991:67), en pleno período de formación del español americano, ya advierte la unidad de la lengua española aquende y allende el Atlántico, en el marco del fenómeno lingüístico conocido como “extensión de lengua”:

Creció la lengua Latina en las provincias, si bien no tan pura y elegante como en Roma, donde ella era natural, i aquel cielo la ayudaua para que se diese mejor a los que en aquel habitauan... Lo mismo sucede oi en el Romance, que sin duda se da mejor a los de Toledo, que a los de otras partes, i mucho menos fuera de España.

Durante el período colonial y gran parte de lo que faltaba del siglo XIX y del XX, las variedades del español americano se contrastaban con el uso lingüístico culto cortesano, el de Toledo primero y luego el de Madrid, para etiquetarlos como regionalismos, barbarismos, formas vitandas.

El maestro bogotano Rufino José Cuervo, fundador de la dialectología hispanoamericana, con atenuado tono eurocentrista, interpreta el español americano en términos de “extensión de lengua”.

En América la lengua fue toda importada, en forma harto diferente de la que hoy se habla en España, y por pobladores de procedencia diferente, que llevaron muchos términos y expresiones regionales; y aunque la influencia de la metrópoli, social y administrativa primero, y literaria después, ha contribuido a nivelarla el resultado no ha sido completo; y las diferencias, así con respecto a España, donde el idioma no permanece estacionario, como entre los estados americanos, han ido creciendo, y es de temer que, con el tiempo, vayan siendo mayores. En suma, el caso ofrece notables semejanzas con la difusión del latín en el orbe romano (Cuervo 1876/ 1935:239).

De semejante parecer es Andrés Bello, al promover la unidad de la lengua española en América desde sus bases castellanas:

Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispanoamérica. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes (Bello 1832/1970:24).

Pero esa unidad, opina Bello, se construye también con la aportación del uso lingüístico culto americano, siempre y cuando siga las pautas de evolución y creación de la lengua castellana:

No se crea que recomendando la conservación del castellano sea mi ánimo tachar de vicioso y espurio todo lo que es peculiar de los americanos. Hay locuciones castizas que en la Península pasan hoy por anticuadas y que subsisten tradicionalmente en Hispanoamérica; ¿por qué proscribirlas? (...) Si de raíces castellanas hemos formado vocablos nuevos, según los procedimientos ordinarios de derivación que el castellano reconoce, y de que se ha servido y se sirve continuamente para aumentar su caudal, ¿qué motivos hay para que nos avergoncemos de usarlos? Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus accidentales divergencias, cuando las patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada (Bello 1832/1970:24-25).

El español de América, en sus orígenes mismos, nace bajo el estigma de ser menos puro y elegante que el español castellano; se concibe como una variedad periférica de este y sus peculiaridades diatópicas, diastráticas o de registro no son dignas de ser consideradas en la lengua ejemplar. Esta valoración de los usos lingüísticos americanos, compartida en uno y otro lado del Atlántico, constituye un criterio fundamental en el que se basó la mayoría de los estudios decimonónicos de dialectología hispanoamericana. Rufino José Cuervo, en los albores de sus investigaciones, no fue la excepción, al igual como sucedió con nuestro ilustre lexicógrafo Carlos Gagini:

Incontrovertible es la utilidad de los estudios críticos sobre el lenguaje vulgar de los pueblos hispanoamericanos. La lengua castellana ha experimentado tales modificaciones en el Nuevo Mundo, son tan numerosas las corruptelas, los neologismos, los extranjerismos y alteraciones sintácticas con las que la desfigura el vulgo, que en muchos lugares no es ya sino una caricatura de aquella habla divina de Garcilaso, Calderón y Cervantes. Por otra parte, esos matices locales contribuyen sobre modo a romper la unidad del idioma común de nuestras Repúblicas, preparando la formación de dialectos y dificultando el comercio de ideas (Gagini 1892: D).

La condición de “extensión de lengua” aplicada al español americano no favoreció la aceptación de una identidad lingüística propia, pues durante el período colonial y avanzado el siglo XIX, se promovía el uso culto del español peninsular: durante la colonia no sólo los metropolitanos, sino también los mismos nativos

(adoptando el punto de vista de aquellos) consideraban inferior la modalidad propia del habla hispanoamericana: como consecuencia de ello, en América se cultivó como forma superior del lenguaje la modalidad del peninsular (Guitarte 1991:71).

Esta identidad lingüística con lo otro se extiende hasta los años treinta del siglo diecinueve, cuya figura señera es D. Andrés Bello: había que conservar la pureza de la lengua castellana, incorporando el buen uso lingüístico de la gente educada de América en el marco del espíritu de evolución y creación de aquella.

Cuervo, si bien se inició en la línea del purismo castellano como la norma para promover en América —la identidad lingüística de América es la adopción preceptiva de la otredad—, después de un cuarto de siglo de reflexionar sobre el español americano y gracias a su formación en lingüística, se constituye en el fundador de la dialectología hispanoamericana como disciplina y con ello emancipa el español de América como una variedad de la lengua española como diátesis:

La novedad de Cuervo en este punto no es declarar que el español de América debe seguir su propio curso por separado (lo que no hubiera sido una solución, sino una ligereza), sino mantener el criterio de corrección, pero poniéndolo en una instancia supranacional: el “tipo” de lengua. De esta manera desaparece la posición privilegiada de una variedad sobre otra, inadmisibles en una situación de naciones soberanas, y todas asumen la responsabilidad de ser fieles a los lineamientos de la lengua; quien no lo hace, ésa es la que socava la unidad del dominio español (Guitarte 1991:80).

III. Lexicografía e identidad lingüística (re)negada: *Diccionario de Barbarismos y Provincialismos de Costa Rica*, Gagini (1892)

Las obras lexicográficas sobre el español de Costa Rica han evolucionado al unísono con los modelos de lengua desde los cuales se han visualizado las variaciones lingüísticas del español americano; en sus albores, la lengua como arte, como modelo de corrección idiomática, cuya ejecución se encuentra en la obra de los escritores más famosos, en los profesionales de mayor educación formal, en los medios de comunicación en tanto sus producciones textuales están de acuerdo con las normas idiomáticas prescritas por alguna entidad oficial a la que le corresponde la emisión de la correspondiente normativa idiomática. En este caso, la variación léxica del español costarricense respecto del correspondiente inventario acuñado en una obra oficial, constituye un provincialismo o un barbarismo y debe excluirse de la lengua oficial:

Ocurrirá a menudo que en una localidad reciba un objeto un nombre diferente al que lleva en el texto: en tal caso debe el maestro hacer que los escolares prefieran el del libro y considerar el otro como impropio.

Solo así podrá lograrse la unificación del idioma y podrán desterrarse los vicios del lenguaje que desfiguran la lengua castellana en las repúblicas de Hispano América. (Gagini 1904a: 11)

Esta identidad lingüística con lo otro al (re)negarse de lo propio, se extiende hasta avanzado el siglo veinte, según el grado de identidad cultural de las naciones hispanoamericanas.

La política lingüística subyacente es un eurohispanismo lingüístico cortesano al que se le debía guardar lealtad, cuyas repercusiones son la observancia de la normativa, en el caso del léxico, presente en el diccionario oficial de la lengua española, cuya edición, por volúmenes, empieza en 1726 para concluir en 1739: se trata del *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua*, conocido como *Diccionario de Autoridades*, cuyo propósito estaba enmarcado en el paradigma de lengua al que hicimos referencia:

El principal fin, que tuvo la Real Academia Española para su formación, fué hacer un Diccionario copioso y exacto, en que se viese la grandeza y poder de la Lengua, la hermosura y fecundidad de sus voces, y que ninguna otra la excede en elegancia, frases, y pureza: siendo capaz de expresarse en ella con la mayor energía todo lo que se pudiere hacer con las Lenguas mas principales, en que han florecido las Ciencias y Artes: pues entre las Lenguas vivas es la Española, sin la menor duda, una de las mas compendiosas y expresivas (Prólogo, p.1).

“Decíase también ser justo fijar la lengua, que (haviendo tenido á la Latina como Madre, y después con la variedad de dominios padecido la corrupción que es nótoria, se habría pulido y adornado en el transcurso de los tiempos, hasta llegar á su última perfección en el siglo pasado: y no era decente á nosotros, que logrando la fortuna de encontrarla en nuestros días tan perfecta, no eternizassemos en las prensas su memoria, formando un Diccionario al exemplo de las dos celebradissimas Academias de Paris y Florencia” (*Diccionario de Autoridades*, edición facsímil. Madrid: Gredos 1990: B2).”

En este orden de cosas, la identidad léxica hispano costarricense debía constituirse en una identidad latente, omitida, sacrificada ante el peso estigmatizador por su diferenciación respecto del vocablo apropiado, correcto, oficial, garante de la lengua como arte, ejemplificado en el uso de los varones más doctos.

Nuestra obra por excelencia, sustentada en esa teoría lingüística y con ese trasfondo ideológico- cultural como contexto, en que *se imponían* los elementos léxicos identitarios, la constituye el *Diccionario de Barbarismos y Provincialismos* de D. Carlos Gagini (1892): El propósito de esta obra era “el de proporcionar un

consultor claro y sencillo a los extranjeros y principalmente a las personas que, deseando expresarse con alguna corrección, no disponen del tiempo necesario para consagrarse a estudios serios de gramática, incluyo también en el presente Diccionario varios artículos relativos a cuestiones puramente gramaticales que ofrecen dificultad en la práctica, como las voces de varia acentuación, el empleo de los derivados verbales, algunos preceptos sobre concordancia y régimen (p. IV).

En esta obra, fiel reflejo de cómo se concebía el quehacer lexicográfico de la época, el artículo lexicográfico no se estructura de acuerdo con pautas definidas, sino que tiene mucha flexibilidad, al tratar no solo unidades léxicas sino también temas de índole gramatical al igual que incluir aspectos anecdóticos, juicios de valor, amenidad, comentarios sutilmente estigmatizadores del usuario del elemento lingüístico en estudio :

Veamos unos ejemplos:

1. Cuecha

En el pueblo, sobre todo entre los artesanos, se halla muy extendida la asquerosa costumbre de mascar *breva* ó tabaco negro, particularmente durante las horas de trabajo.

Mientras el obrero europeo entretiene la monotonía de su labor cantando ó fumando, el nuestro rumia sin cesar un pedazo de *breva*.

Ese bocado de tabaco ha sido bautizado aquí con el nombre de *cuecha*, palabra de procedencia nahuatl, derivada del verbo *cuechoa* (moler mucho una cosa), ó de *cuechauac* (cosa húmeda, sustantivo sacado del verbo *cuechaua*, humedecerse)» (Gagini 1892 :188).

Para comprender mejor el tono estigmatizador, es oportuno remitirnos a la definición de *breva*: «Cigarro puro algo aplastado y menos apretado que los de forma cilíndrica» (Dicc. De la Acad.)

En Costa Rica se llama así el tabaco negro (preparado con miel y elaborado en forma de tabletas rectangulares) que la gente del pueblo emplea exclusivamente como masticario » (Gagini 1892: 94).

Por gente del pueblo debe entenderse « personas no educadas », que tienen la « asquerosa costumbre de mascar breva... particularmente durante las horas de trabajo », hecho que contrasta con la conducta urbana del obrero europeo: canta o fuma mientras trabaja en tanto que la gente de pueblo rumia *breva*, lo cual constituye no solo una asquerosa costumbre sino que se le atribuye una acción 'rumiar', propia de mamíferos ungulados del orden de los artiodáctilos, como el ciervo o la vaca.

No obstante, no todo uso lingüístico del pueblo constituye identidad renegada, sino que si se sustentanta en el castellano peninsular, tal elemento lingüístico es de abolengo noble y no puede considerarse como una corruptela:

2. Almadiado

A los que acostumbran hacer fisga de los términos raros usados por el pueblo les aconsejamos mucha circunspección en sus juicios, pues el lenguaje popular es digno por muchos conceptos, más que de burlas y censuras irreflexivas, de atento y maduro examen.

Hablamos con experiencia propia : la primera vez que oímos decir *almadiado* por ebrio, mareado, tuvimos dicho vocablo por uno de los enrevesados barbarismos que hayan podido inventarse para desesperación de los puristas ; mas hojeando un día el Diccionario, tropezamos de manos á boca con lo que sigue :

« ALMADIADO, DA. (De *madidatus*, borracho) adj. ant. Desvanecido ó mareado ».

De suerte que lo que reputábamos por costarrriqueñismo es una palabra castellana de noble abolengo, aunque desterrada hoy del lenguaje literario. Desde entonces, siempre que oímos un vocablo extraño, antes de condenarlos nos preguntamos con desconfianza como el loco del cuento: ¿si será podenco este perro ?» (Gagini 1892: 39-40).

3. Borona

En varias provincias españolas *borona* significa pan de maíz ; en Costa Rica usamos malamente esta palabra en la acepción de *migaja*, *chispa*, *miga*, diciendo ‘una *borona* de pan, una *borona* de queso’ (Gagini 1892 :91).

La voz *borona*, con su nueva acepción en el español de Costa Rica, constituye un ejemplo más de identidad renegada y de uso vitando, pues difiere contrastivamente de la variedad de lengua ejemplar : un eurohispanismo lingüístico constituye el criterio estigmatizador de este artículo lexicográfico al igual que en el caso de *cuecha*.

4. Borrego

A un español residente en San José le pasó un chasco graciosísimo.

Habiéndole manifestado su novia deseos de tener un corderillo, el obsequioso amante envió a su criado á varias haciendas con orden expresa de comprar un *borrego* bonito y llevarlo a casa de su dulcinea. Cumplido el encargo, fue nuestro héroe a ver á su prometida, pero en lugar de los agradecimientos que esperaba, fue recibido de mal talante por la señorita. Inquirió la causa del enojo y supo que el regalo tenía la culpa; porque lo que el sirviente había comprado era..... un marranillo barrigudo y gruñón. Entonces supo el aturrullado peninsular que si en España *borrego* es un corderillo, en Costa Rica es un cerdo pequeño y rechoncho” (p. 92).

En este artículo son evidentes dos características del discurso diccionarioístico hispanoamericano del siglo XIX: el tono anecdótico y la jocosidad del texto, como elementos de la lexicografía amena, cuyo objetivo es cautivar al usuario para que deguste la lectura de la obra lexicográfica.

Este discurso lexicográfico “permite explicaciones y observaciones que no cabe (sic) en la estrechez de una pura definición, y aun reminiscencias y anécdotas que contribuyen grandemente al conocimiento del origen, vicisitudes y significado de las voces; se presta asimismo a dar cierta amenidad relativa á un trabajo árido de suyo, con lo cual se logra mayor número de lectores, y es mayor el beneficio común” (García Icazbalceta 1899: XV, citado por Chuchuy 1994:97).

El costarricense culto, a caballo entre los siglos XIX y XX, en su hablar y escribir abrazaba el eurocentrismo lingüístico peninsular español como modelo idiomático, actitud que encontraba un fértil terreno en el etnoeuropéismo de su raza, texto cultural promovido por el discurso oficial a partir de la década de 1880:

Desde el siglo XIX, el “blanqueamiento” había sido una preocupación constante en la sociedad costarricense y también una estrategia de movilidad social (Palmer, 1995: 77). La desaparición del origen racial (español, indio, negro, mulato, mestizo) en las partidas de nacimiento de principios de ese siglo apunta en ese sentido. Ya en 1851, el *Bosquejo de la República de Costa Rica* de Felipe Molina se refería a la población del país como perfectamente homogénea, carente de castas y clases sociales, y compuesta en su mayoría por 90.000 blancos de rasgos “casi europeos” (Soto Quirós, 1998: 37)” (Sánchez Mora, A. 2006:129).

Jara Murillo (2006), al analizar las opiniones que tienen los costarricenses sobre el español que hablan, como imaginario general, encuentra que los ticos valoran mayoritariamente su uso lingüístico como una variedad deformada del verdadero español. A esta valoración cultural la autora la llama el “modelo de la nostalgia por el bien perdido”, ya que “implica la concepción de un estado anterior de lengua en que las cosas eran definitivamente mejores. Es un modelo valorativo cuya premisa es que espCR es una variante del “verdadero español”, concebido este como un estado de lengua ideal/puro/perfecto. Nuestra variante se describe como: deformada, desvirtuada, contaminada, desprestigiada, degenerada, desmejorada, enajenada, etc. La valoración negativa en este modelo es absoluta y es el modelo mayoritario, que se refleja en 222 respuestas (el 37%): en 202 aparece como modelo puro y en 20 se combinaron algún otro modelo” (p.117).

Este modelo de la nostalgia del bien perdido sustenta la valoración que subyace en Gagini (1892), pues de la nomenclatura que incluye el *Diccionario de Barbarismos y Provincialismos de Costa Rica*, bien se puede decir que “no es sino una caricatura de aquella habla divina de Garcilaso, Calderón y Cervantes”, tal como se refería nuestro autor a las variedades del español en América en su calidad de corruptelas respecto del español castellano.

IV. Lexicografía y búsqueda de la identidad lingüística: el *Diccionario de Costarriqueñismos* (Gagini 1919)

El maestro Gagini (1919) muestra una formación lingüística muy a la altura de la época: la lengua española en Costa Rica evoluciona en el contexto de la experiencia de vida nacional al reconocer su dimensión histórica y advertir “a los lectores no versados en achaques filológicos” “las principales leyes a que obedecen muchos de los principales fenómenos apuntados en el presente Diccionario” (p. 6).

Autodidacta y lector asiduo, cuyo testimonio respecto de la obra en que nos ocupamos, es la riqueza de fuentes bibliográficas - principales obras consultadas o citadas en este libro, anota Gagini- que forman parte de la macroestructura del *Diccionario*: al menos 146 obras fundamentalmente de carácter metalexigráfico o lexicográfico y las obras completas de 33 connotados escritores de literatura; todas ellas, especialmente la aportación teórico-metodológica de Rufino José Cuervo, contribuyen a esa rigurosa formación académica que le permiten al maestro Gagini emprender la nueva versión de su diccionario, sobre la base de una metalexigrafía y lexicografía práctica muy a tono con el desarrollo científico de esas disciplinas en ese entonces.

Si respecto de la obra de Cuervo, Guitarte (1983) apunta:

El otro momento en que se cierra el siglo XIX y queda preparado el campo para las fuerzas que actuarán en el siguiente lo veo en la obra de Rufino José Cuervo. Su estudio sobre “El castellano de América”, publicado en 1901, representa la culminación de sus investigaciones sobre el tema. Cuervo inicia *sensu strictu* la filología en Hispanoamérica; con él pasamos de las “ideas lingüísticas” de sus hablantes a la expresión rigurosa de los hechos del lenguaje. Su artículo sobre *El castellano de América* no sólo es la primera revelación de la personalidad histórica del español americano, sino que en él Cuervo hizo tomar realidad científica a la nueva situación que la independencia de las colonias había producido en el ámbito hispánico: la desaparición del antiguo centro lingüístico único” (p. 180), opinión semejante sostenemos respecto del trabajo lexicográfico de Gagini (1918).

Esa cita, aunque extensa, es fundamental para releer a este nuevo Gagini en su devenir científico al unísono con el evolucionar mismo de la dialectología hispanoamericana, cuyo credo lingüístico es, en esencia, el abandono del purismo y normativismo académicos, para acercarse más a la lingüística descriptiva.

En el *Diccionario de Costarriqueñismos* (Gagini 1919) es evidente un cambio no sólo de la actitud del autor, sino del enfoque teórico-metodológico, pues el léxico del español costarricense es considerado un constructo social que informa sobre la experiencia de vida de una comunidad de habla. Se advierte, en términos generales, la renuncia al *modelo de la nostalgia por el bien perdido*, en aras de registrar y describir la verdad social de las palabras, universales o pluriverbales, que emplean los costarricenses hispanohablantes en sus interacciones comunicativas:

Sale, pues, esta edición notablemente aumentada y bajo un plan menos empírico: en ella considero las divergencias de nuestro idioma con relación a la lengua madre, no como simples corruptelas, introducidas por el capricho o la ignorancia, sino como el resultado natural de la evolución fonética y semántica a que están sometidos los idiomas vivos (p. 6).

Para ejemplificar este cambio paradigmático, vienen a colación las voces que analizamos en el *Diccionario de Barbarismos y Provincialismos de Costa Rica* (Gagini 1892).

5. Almadiado

Es voz anticuada, según la Academia, y significa 'desvanecido, mareado' (del latín *madidatus*, borracho). En C. R. se usa más por *ebrio, borracho* (Gagini 1919 :49)

A diferencia del artículo correspondiente a Gagini 1892, el autor se limita a presentar la contrastividad en cuanto al uso y acepción, sin entrar en criterios preceptivos.

6. Cuecha

En la Argentina y otros países dicen *mascada*, esto es, pedazo de tabaco negro que los trabajadores suelen rumiar cuando están ocupados. Parece de origen azteca, quizá de *cuechanac*, cosa húmeda, o de la misma raíz de *cuchite*. Metafóricamente *cuecha* es hinchazón de una mejilla (Gagini 1919/1975 :92)

Se evidencia en este artículo el abandono del tono burlón cuando se comparaba la conducta chabacana de nuestra gente de pueblo (mascar cuecha) con la del obrero europeo, cantar o fumar, durante el trabajo ; igualmente, despojado de todo juicio de valor, ya no estamos ante una « asquerosa costumbre » de cierto sector de la sociedad costarricense, sino que se define el vocablo *cuecha* en dos acepciones : la referencial y la metafórica, en un contexto dialectal hispanoamericano.

7. Borona

En algunas provincias de España es "pan de maíz"; en muchas repúblicas de Amér. "migaja, chispa, porción pequeña de cualquier cosa" (v. **Burusca**) (p.74).

Este artículo, además de presentar una estructuración menos flexible como fue en el caso del anterior, evidencia un enfoque de la lengua como variedad, despojado de todo juicio valorativo, al contrastar usos lingüísticos del español peninsular con variedades del español americano. Se recurre también a la remisión sinónima como opción de enriquecimiento de la información.

8. Borrego

Cast. Cordero, carnero de uno a dos años. C. R.: Cerdo rechoncho y pequeño, de raza extranjera (p.74).

Se ha despojado este artículo de todo elemento anecdótico y humorístico, para definir la voz *borrego* en términos de contrastividad entre el castellano y el español de Costa Rica, en un claro reconocimiento de la diversidad de hablares, despojadas de toda valoración extralingüística.

Otro aspecto innovador en esta segunda edición del *Diccionario* (Gagini 1919) es el haber incorporado información diatópica en el artículo lexicográfico:

9. Piangua

Especie de almeja grande de Puntarenas y Nicoya (p. 200).

10. Picado

Guan. Achispado, peneque. ‘Estás más picado que el *tuco de la pesa* (que el tajo de la carnicería): estar ebrio’ (p. 200). Nota bene: La marca Guan. corresponde a Guanacaste, provincia de Costa Rica.

Guitarte (1983), al interpretar la periodización del español americano respecto de la situación ya en el siglo XX, anota: “en el siglo XX ya no hay iniciativas de independencia sino un sentido un sentido de participación en la vida de una lengua común. Existe una aceptación en general tácita de lo peculiar que probablemente ha de ir conquistando cada vez más espacio en su ejercicio” (p.181).

Costa Rica, como todas las demás naciones hispanoamericanas, debe contribuir a la construcción de esa lengua común que hermana a la comunidad hispánica.

11. Labioso

Que tiene labia o gracia persuasiva. Debiera registrarse en el Dicc.” (p. 168). Del artículo anterior, lo subrayado es nuestro, por Dicc. debe entenderse Diccionario de la Lengua Española, bajo la autoría de la Real Academia Española, en su calidad de obra de autoridad y cohesión lingüístico-comunicativa de los miembros de las naciones hispanohablantes, para cuya conformación aporta ese conglomerado de naciones en aras de participar en la vida de la lengua común.

También es importante advertir que se presenta un cambio en la estructuración de la información, así como la organización del texto, pues la nueva versión se presenta en dos columnas y con una mayor estandarización: el lema, escrito en negrita y con mayúscula inicial, se cierra con punto. El primer enunciado se abre con una raya, luego con marcas diatópicas (*Col.=*

Colombia, *Cast.*= Castilla, *Guan.*= Guanacaste, etc.), diafásicas (M. vulg.= muy vulgar), diacrónicas (Arc.= arcaísmo), diatécnicas (Geogr.= geografía), de conformidad con el acopio de información que dispone el autor; el segundo enunciado o definición propiamente dicha se realiza generalmente por sinonimia, pero también mediante paráfrasis sinonímica. En cuanto a los fitónimos y zoónimos, se introduce por el nombre científico en cursiva y entre paréntesis. Abunda la información enciclopédica.

A continuación algunos ejemplos:

12. Acalambrarse

Col. *Encalambrarse*, derivado de calambre. Cast. Entumecerse, entumirse, envararse, aterirse (p. 45).

13. Alicenciao

M. vulg. Licenciado (p. 53).

14. Agüelo

Arc. Abuelo. La b y la g seguidas de vocal se confunden a menudo en la pronunciación vulgar: *abuja* (aguja), *güeno* (bueno), etc. (p.50).

15. Tempisque

Geogr. Río que constituye la principal vía fluvial de Guanacaste. Es navegable en una extensión de muchos kms. Su primitivo nombre indígena es *Zapandi*. Los españoles le llamaban Río de la Despensa (Peralta, *Límites de C.R. y Colombia*, pág. 587) (p. 229).

16. Tempisque

(*Sideroxylom foetidissimum*). Hermoso árbol de México y C. A., de frutos ovoideos, glutinosos y comestibles, y cuyas flores tienen un olor desagradable, semejante al del jabón negro. Pittier omite este nombre en su obra. Oviedo describe esta sapotácea (*op. cit.*, tomo I, pág. 234) con el nombre de *tembixque* (advirtiendo que hay otro *tembixque* o *tembate*) y dice que es semejante a un gran nogal muy verde y que sus frutas se comen cocidas. En efecto, en El Salvador venden hoy *tempisques* en dulce, envueltos en tusas. Membreño dice que el nombre científico del tempisque es *Achra Capiri*?

Tempisque es probable voz compuesta del nahuatl *tentli*, labio, orilla, *pixqui*, guardar, conservar. Acaso porque las raíces de este árbol, como las del *sotacaballo* (v.), impiden que la corriente del río desgaste las orillas (p. 229).

17. Judas

Diablillo, muchacho travieso y fogoso, picaruelo (en España equivale a traidor, alevoso). II Muñeco, bausán o maniquí relleno de petardos y cohetes que en casi todas las poblaciones de la República se quema en la madrugada del domingo de Pascua. La víspera por la noche pasean la efigie del mal apóstol por las calles y leen en cada esquina el ‘testamento de Judas’, especie de ensalada o sátira en que se ridiculiza a algunos vecinos de la ciudad. Nuestro Modismo ‘sepa Judas’ equivale al español ‘averígüelo Vargas’ (Gagini 1919 : 147).

En resumen, con el maestro Gagini (1919) la lexicografía hispano-costarricense da un primer paso hacia la tercera etapa en que periodiza Guillermo Guitarte el desarrollo de la internalización del español. Gagini, al transcurrir más de un cuarto de siglo desde la primera edición del *Diccionario*, en un paralelismo con Cuervo para el español americano, no solo desecha la idea de que la variación léxica del español de Costa Rica es un conjunto de corruptelas, sino que, al contrario, le da estatus de existencia científica al léxico y con él, al español hablado en Costa Rica: particularidades de pronunciación, sufijos más usados, etimologías de voces vernáculas, adecuación del componente léxico a la realidad histórico-cultural del país, le permiten a Gagini presentar un bosquejo de los principales rasgos del español en Costa Rica como conocimientos indispensables para aprovechar el *Diccionario*, en calidad de tesoro de la convergencia lengua-cultura-identidad.

Bibliografía

- Chuchuy, Claudio. 1994. “Rasgos contrastivos y diferenciales en los diccionarios nacionales del español de América del siglo XIX”. En: *Unidad y variación léxicas del español de América*, Madrid-Frankfurt.
- Cuervo, Rufino J. 1935. *El castellano de América*. Bogotá: Minerva.
- Real Academia Española. 1990. *Diccionario de Autoridades*, edición facsímil. Madrid: Gredos.
- Gagini, Carlos. 1892. *Diccionario de Barbarismos y Provincialismos de Costa Rica*. San José: Tipografía Nacional.
- Gagini, Carlos. 1904. *Vocabulario de los niños*. San José: Tipografía Nacional.
- Gagini, Carlos. 1919. *Diccionario de Costarriqueñismos*. San José: Tipografía Nacional.
- Guitarte, Guillermo. 1991. “Del español de América al español de veinte naciones: la integración de América al concepto de lengua española”. En: *El español de América I*. Salamanca: Edición de la Junta de Castilla y León.
- Guitarte, Guillermo. 1983. *Siete estudios sobre el español de América*. México: UNAM.
- Jara Murillo, Carla. 2006. *El español de Costa Rica según los ticos*. Ciudad Universitaria Rodrigo: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

- Montes Giraldo, José J. 1995. *Dialectología general e hispanoamericana. Orientación teórica, metodológica y bibliografía*. Bogotá: Caro y Cuervo.
- Sánchez Corrales, Víctor. Ml. 2005. Dimensión léxica del español de América. Estudios lexicográficos diferenciales en el español de Costa Rica. En: *Filología y Lingüística, Estudios ofrecidos a Antonio Quilis*. Volumen 1. Publicación conjunta del Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Universidad Nacional de Educación a Distancia. Universidad de Valladolid. Madrid: Sociedad Anónima de Fotocomposición.
- Sánchez Mora, Alexander. 2006. *La Reconquista de Talamanca*. Novela Costarricense: los desconciertos del discurso literal. Tesis de Maestría en Literatura Latinoamericana, Universidad de Costa Rica.

UN ESCRITOR EN *LA RUTA DE LOS FILIBUSTEROS*

Flora Ovaes

En 1981, dos años después del triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional, un grupo de personas de distintas nacionalidades visitan varias localidades de Guanacaste y Nicaragua para filmar un documental sobre la guerra contra los filibusteros. El libro de Samuel Rovinski, *La ruta de los filibusteros* (San José: EUNED, 2012) se presenta como la crónica de dicha filmación.

Mientras detalla los entretelones de la empresa, el narrador se sumerge en la historia centroamericana para situar la guerra en el contexto de los intereses económicos de las potencias a mediados del siglo XIX. Paralelamente, describe el ambiente de Nicaragua en los años inmediatamente posteriores al triunfo de la lucha contra la dictadura somocista.

El libro posee, por lo tanto, un gran valor documental por los aspectos históricos que trata y por aquellos referidos al proceso de filmación. Pero, no en vano su autor es un dramaturgo y novelista consumado. Más allá de la información que brinda, la crónica de Rovinski estructura el mundo conforme a una visión propia del cine y el teatro, a la vez que propone una interpretación de la historia.

A lo largo de estas páginas, el narrador se mueve sin advertir al lector del pasado al presente, de la crónica de la filmación a la historia de los hechos filmados. Como consecuencia, se produce una mezcla de las líneas argumentales que vuelve contemporáneos hechos separados por 125 años de devenir histórico, los “trae a escena” y elimina la distancia temporal entre ellos. Es decir, se instala en el texto una temporalidad dramática y el espacio entero que recorren los cineastas y sus amigos se convierte en escenario.

Esta calidad dramática del mundo se acentúa en ciertos momentos y el texto alude entonces a la ilusión teatral: “Era un ambiente cargado de dobleces. Lo que parecía ser no era en realidad. Detrás de las paredes reconstruidas se disimulaba otro mundo...” (p. 72).

Hacia el centro del libro, un episodio condensa la tensión del texto hacia la forma teatral. Se trata de la filmación de la secuencia en la que el filibustero William Walker frustrado, humillado, se enfrenta a la derrota. El narrador asume el papel del aventurero norteamericano mientras una mujer, Nadia se convierte en

espectadora de la escena: "Ante la mirada de divertida curiosidad de Nadia, me quité la camisa y me puse la guerrera de Walker" (p.110).

Al entrar en el traje del aventurero, el personaje asume su máscara; aunque habla en primera persona, ahora se ha convertido en otro y quien realmente se expresa es el filibustero: "La situación es angustiosa, bien lo sé. Pronto nos quedaremos sin pólvora ni balas (...) Caminé hacia el balcón, iluminado por el claro de luna, y llegué hasta la balaustrada. Ahí, agobiado por el fracaso, toda mi voluntad se desplomó" (pp. 111-112).

La pequeña escena resume el procedimiento seguido a lo largo de todo el texto: no sólo la voz del narrador se traslada del presente al pasado, también lo hacen los personajes que, al vestir el traje, se convierten en otros y se deslizan en el tiempo. Simultáneamente, el hecho histórico pasado se vuelve presente ante lector.

La escena se ofrece a través de varios filtros: el narrador que recuerda su actuación como personaje, Nadia que es la espectadora y, finalmente, nosotros que leemos lo que está sucediendo en el escenario. Todos estamos capturados por un juego de luces y sombras, de verdades que se esconden y de convincentes mentiras.

Se agrega a todo lo anterior el uso de metáforas y expresiones que confirman dicha voluntad del texto, o bien se propone la discusión de tópicos de larga data, como el del gran teatro del mundo:

¿Es la sociedad humana un inmenso teatro, que el filtro mágico de la literatura y el arte convierte en una ilusión de realidad? Para unos serán héroes, para otros verdugos, cuando la obra llega a su final. Al despojarse de su vestimenta teatral, la ilusión terminó y volvieron a ser guardias rurales en su trabajo y civiles en sus horas francas. Un asunto de vestimenta, de apariencia, nada más. Sin embargo, en la realidad, cuando se debe actuar, los personajes son lo que son, sufren, lloran, rien de verdad y el actor no se levanta a repetir la escena cuando muere en batalla. Solo el verdadero teatro, es decir, la recreación de los sucesos, puede jugar con el hecho concreto de la muerte (pp.19-20).

Por otro lado, ciertos aspectos del texto se aproximan más al cine que al teatro. La narración de las aventuras del equipo de cineastas acude con frecuencia a una temporalidad más cercana a la del cine, de manera que, debido al movimiento de los personajes por un camino, el texto se constituye en una especie de *road movie*. Favorece lo anterior la estructura episódica pues, a medida que se desplaza, el grupo se enfrenta con dificultades que debe ir superando, retos que conforman la trama de la novela y la búsqueda de un logro.

Este recorrido posee un carácter iniciático, ya que permite al narrador comprender aspectos de su historia personal, posibilita sus reflexiones y lo impulsa a comprender aspectos de su identidad. Forman parte de este proceso de maduración del héroe los juicios acerca del holocausto, la guerra y

la violencia, los conceptos acerca de las diferencias entre el país de origen y los nuevos mundos visitados. Junto a estas reflexiones, de corte ensayístico, aparecen escenas e imágenes de contenido más simbólico, como el episodio del niño guerrero.

Esta experiencia no podía vivirse al margen de los libros; así, en algunos pasajes, como el de la travesía del San Juan, se mezclan constantemente la realidad y la literatura: como les ha sucedido a muchos otros aventureros y escritores, el héroe es presa del embrujo del río y sucumbe al espejismo y a la seducción de Carmen o alguna otra maga que habita aquellos parajes.

Finalmente, vencidos los obstáculos y terminados los retos, el héroe retorna a su lugar de origen. Ahí lo espera un mundo distinto que ahora puede apreciar desde otras perspectivas y le espera otro desafío: poner en palabras lo vivido, convertirse en narrador. Al cerrar el libro sabemos que también triunfó con creces en esta aventura.

AQUILEO J. ECHEVERRÍA

Lara Ríos

Aquileo J. Echeverría es un poeta costarricense con corazón de pueblo, es nuestro juglar de la vida campesina y al que llamamos con orgullo “el poeta nacional”.

Es por el lazo familiar tan cercano que nos une, por el que puedo ofrecerles una visión más íntima a través de sus cartas y de sus anécdotas que hoy quiero compartir con ustedes. No voy a referirme a él como “abuelo o “abuelito”, sino que en esta ocasión le diré simplemente Aquileo.

Nació el 22 de mayo de 1866. Ocupaba el cuarto lugar de una familia de 8 hermanos. Su casa paterna era amplia y rodeada de jardines donde crecían árboles enormes que se poblaban de nidos y de flores. En el centro había una hermosa fuente, donde llegaban día a día, hermosos pajaritos a beber agua y es muy posible que desde ahí naciera su amor por las aves que tantas veces mencionó en sus romances. La casa estaba detrás del Colegio de Señoritas, en San José, donde está ahora la Escuela Vitalia Madrigal.

Más de uno se preguntará qué quiere decir la J de su nombre. Él decía que la agregó porque era la que más bonita le salía de todas las mayúsculas. Aquileo no terminó sus estudios de segunda enseñanza. Cuando apenas tenía 20 años, se enroló en las filas para ir a pelear a Nicaragua contra el general Rufino Barrios. Ahí se hizo amigo del presidente Cárdenas que lo nombró su edecán. También ahí conoció al famoso poeta Rubén Darío con el que tuvo una hermosa amistad.

Regresó a Costa Rica y comenzó a trabajar como periodista en los diferentes periódicos del país, dando muestras de su ingenio. Con 22 años, se fue a trabajar como agregado a la Legación de Costa Rica en Washington y tuvo muy buenos recuerdos de su corta vida diplomática. Escribió crónicas sobre la vida alegre y mundana de los Estados Unidos y se solazó en la elegancia femenina de aquella época.

A su regreso de Washington en 1889, comenzó a escribir sobre política con el seudónimo de Bocaccio, contra el Partido Constitucional. Con Ricardo Fernández Guardia, Samuel Uribe, José María Gutiérrez y otros muchachos más, se unió al Partido Liberal y con su mordaz pluma, le hicieron la vida imposible a los del Partido Constitucional. Pero desgraciadamente estos subieron al poder y la bandada de jóvenes rebeldes emigró a Guatemala voluntariamente.

Aquileo se quedó en Guatemala dos o tres años y adquirió un cafetín frente al teatro, que fue centro de reunión de muchos amigos. Pero nunca dejó de escribir ni se olvidó de sus musas. En ese tiempo, Aquileo frecuentaba un club donde asistía asiduamente el general Orellana. El general acostumbraba dejar su hermoso bastón de puño de plata bruñida, en la paraguera a la entrada del club.

Un día Aquileo entró al club y vio que su amigo el general estaba sentado en el salón contiguo. Reunió a los amigos y les dijo: “Vean lo que me ha pasado: el general Orellana me obsequió su bastón pero yo qué voy a hacer con un bastón tan lujoso. Propongo hacer una rifa entre ustedes, es barata, no les voy a cobrar muy caro y para eso voy a hacer papelitos y echarlos en mi sombrero. El que se lo saque será muy afortunado porque es un bastón precioso”.

Todos los amigos aceptaron muy contentos, pagaron y escogieron su papelito. Al final, quedaba solo uno en el fondo. Aquileo con aplomo les dijo: “Vamos a ver, vamos a ver, de quién es este último numerito. ¡Vean qué casualidad! ¡Es del general Orellana, él fue el premiado!”

Se despidió de sus amigos con un “gracias” y un “buenas noches”, puso el bastón de nuevo en la paraguera y salió del club.

Regresó a Costa Rica y se dedicó al periodismo. Tuvo muchas novias y era muy fiestero pero al fin sentó cabeza y contrajo nupcias con María Dolores Flores Zamora, hija del eminente médico Juan J. Flores. Ella vivía donde estaba ubicada la Escuela Normal de Heredia y el día de la boda tendieron una alfombra roja desde la casa hasta la iglesia.

Un día los invitaron a una fiesta de contribución y Aquileo dijo que él llevaría las flores. El día de la fiesta lo estaban esperando fuera de la casa y le dijeron de mal humor:

- Idiay Aquileo ¿qué pasó que ofreciste traer las flores y nunca llegaron? Pero él muy orondo mostrando las dos bellas mujeres que traía una en cada brazo dijo:
- Por supuesto que las traigo: una es mi esposa María Dolores Flores y la otra su hermana Delia Flores.

Tuvieron cuatro hijos: Berta, Claudia, Gonzalo mi padre, e Isabel. Berta murió siendo muy niña y trajo un gran dolor a la familia. Por cierto que con Isabel se necesitaba contratar una nodriza pues mi abuela no tenía casi leche. Entonces empezaron las entrevistas. La primera que llegó le explicó a Aquileo cuales eran sus necesidades:

- Primero el desayuno. Yo necesito un cafecito con leche, gallo pinto, dos huevos y tortilla con un pedazo de queso. A media mañana, un fresquito

con galletas. Usted sabe, se necesita mucho líquido para producir leche. Al almuerzo, un buen pedazo de carne, arroz, frijoles, plátano y verduras y si tiene postre, mejor. En la tarde un cafecito, pues sino me duele la cabeza, con lo que quiera arrimarle. En la noche sí, no perdono la sopa, con verduras y carne. Y más tarde un chocolate caliente con biscochos.

- Bueno... le contestó Aquileo, ¿qué le parece si le doy mi sueldo y mamamos todos.

Tenía una gran amistad con el presidente Cleto González Víquez que pacientemente le celebraba las bromas que le hacía. Un día en que Aquileo, como siempre, estaba escaso de dinero, se acercó al escritorio de don Cleto y vio que encima había unas cuantas monedas. Las tomó y le dejó un papel que decía: "Cleto, te quité un peso de encima".

Aquileo trabajaba con don Cleto y este se había dado cuenta que Aquileo llegaba tarde, entonces se fue a esperarlo en la oficina. Cuando llegó Aquileo y se dio cuenta que el presidente estaba en su oficina, dio media vuelta y se metió a la oficina de don Cleto y se sentó. A la media hora llegó don Cleto y Aquileo se levantó para saludarlo y le dijo: "¡Idiay Cleto, tengo media hora de estar esperándote y ve a las horas que llegás!"

Su suegro, el doctor Juan J. Flores tenía una finca que se llamaba La Pitahaya, donde está hoy el centro comercial Cariari y allí Aquileo puso una pulpería para poder conversar con sus conchos. En la puerta había un rótulo que decía: "Se venden escobas y otros comestibles".

En 1903 escribe *Romances y concherías* y en 1905 ya salió completo el libro como *Concherías*. Después vendría la tercera edición prologada por Rubén Darío, su gran amigo.

Aquileo les tenía un gran cariño a los huérfanos, tal vez presentía que sus propios hijos iban a quedar huérfanos a una edad muy temprana. En una navidad su hermano Félix les obsequió a Claudia, una muñeca y a Gonzalo una bola. En la tarde, estaban los niños disfrutando de sus regalos, cuando llegó su papá y les dijo:

Queridos hijos, yo sé que ustedes están felices con los regalos que les traje el Niño Dios, pero en el Hospicio de Huérfanos hay niños que no han recibido ni un regalo. Vamos a ir ahorita y ustedes les van a dar sus regalos.

De nada valieron las lágrimas, las quejas y lloriqueos de los pequeños. Esa misma tarde se fueron al hospicio y regalaron a los huerfanitos los dos juguetes.

Ante el drama que siguió, Aquileo no tuvo más remedio que llamar a su hermano Félix, explicarle el error que había cometido y rogarle que le consiguiera a la mayor brevedad posible una muñeca y una bola.

- Pero Aquileo ¿cómo fuiste a hacer semejante cosa? Hoy es 25 de diciembre y todo está cerrado. ¿A quién diablos le voy a pedir que abra la tienda hoy?
- No lo sé, el problema ahora es tuyo. Ve a ver si tu cuñado que tiene la tienda Robert te hace el favor.

En la noche apareció Félix con los juguetes y los niños ya dormían. Pero al despertar se encontraron con la muñeca y la bola que les había vuelto a traer el Niñito Dios.

Al año siguiente, la situación estaba un poco crítica económicamente y el día de Navidad, Aquileo no tenía regalos para los chicos. Como a las diez de la noche se oyeron unos gritos de “¡Atájenlo!”, “¡no lo dejen ir!”, “¡ayúdenme!”. Los niños y María Dolores se despertaron preguntando qué pasaba. Entonces apareció Aquileo, con unas plumas en la mano mientras contaba que él había visto al Niñito Dios y que tenía alas y que él trató de retenerlo pero que solo pudo coger esas plumitas. Los niños tuvieron una noche memorable y por muchos años guardaron las plumitas y si tenían algún dolor se ponían la pluma encima y se aliviaban.

En agosto de 1908, el gobierno de Costa Rica lo envía a París para someterse al tratamiento con un buen especialista, que le devolviera la salud perdida. Posiblemente debe haber tenido una cirrosis o un cáncer en el hígado. Pero el clima de París no le favorece y entonces se le aconseja que pase a España. En Barcelona ingresa a una casa de salud, donde después de varios meses de permanencia, muere el 11 de marzo de 1909 a la edad de 43 años.

Sus amigos contaban que en París, cuando las monjas hacían la última ronda, Aquileo cogía su capa, su chistera y su bastón, se saltaba por la ventana y se iba de farra a los clubes y teatros de esa ciudad. Ahí se encontraba con sus amigos y se divertían de lo lindo. Después regresaba al hospital.

Voy a transcribir un párrafo de una carta que desde la Maison Médico-Chirurgical le mandó a su papá:

Estoy con el cuerpo amarillo y amarillos son el sudor y la saliva y los orines. Aquí quiebra la regla, mejor dicho el refrán que canta “que el que de amarillo se viste a su hermosura se atiende”, pues estoy más feo que Tata Mundo, sin ofender a nadie. Como en el estómago me han puesto muchos sinapismos y tengo una franja roja, con el amarillo que la rodea, resulta una bandera española “le plus jolie.”

“En cuanto al idioma es muy gracioso lo que pasa. Entre las enfermeras hay alemanas, una rusa, francesas y holandesas. A mi servicio han puesto a una francesa que habla catalán. Claro que yo no sé si lo hablará bien, pero presumo que no, que por el contrario habla ese idioma tan mal, como yo el francés. Lo cierto es que ella con su diccionario y yo con el mío nos entendemos y a veces suplen las señas, lo que las lenguas no pueden expresar y armamos unas tenidas de telégrafos manuales, que nos las pueden envidiar los sordos Zamora de Heredia...”

Sus restos permanecieron en España durante 6 años. Luego sus amigos Luis Nieto y Eduardo Calsamiglia, los sacaron del cementerio de Barcelona y los trajeron en barco a Costa Rica, el 11 de febrero de 1915. Sus funerales se efectuaron el 19 de marzo de ese mismo año, en la Iglesia del Carmen de la ciudad de San José y luego sus cenizas fueron trasladadas al Cementerio General.

Pero flotaba una inquietud en el alma de los costarricenses: ¡había que erigirle un monumento en su memoria! Y se acordó colocarlo en el Parque Central de la ciudad de Heredia. Pero recaudar fondos no fue tarea fácil. Por idea del profesor Joaquín García Monge se pensó hacer un libro con sus escritos en prosa y fue mérito de don Joaquín, la recopilación y la revisión de este libro que se llamó *Crónicas y cuentos míos*. La primera edición salió a la luz en 1934. El libro se donaría entre aquellas personas generosas que hubieran contribuido para cubrir los gastos del monumento. Gracias a la cooperación de los costarricenses el monumento se inauguró el 4 de abril de 1937.

Si bien es cierto que la obra cumbre de Aquileo es *Concherías* este otro libro no deja de ser menos importante, ya que nos presenta al poeta desde otro ángulo, como periodista, como amigo leal y sincero. Como al hijo que añora su hogar y su patria, que con sus crónicas sorprendió a sus lectores por su fina ironía y su buen humor.

Este boletín se terminó de imprimir en la Sección
de Impresión del SIEDIN, en setiembre 2014.

Universidad de Costa Rica
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica

